

ALBERT COSSERY

Mendigos y orgullosos

I

AHORA GOHAR ESTABA DESPIERTO. Acababa de soñar que se ahogaba. Se incorporó sobre un codo y miró a su alrededor con ojos de recelo, todavía aturdido por la noche reciente. No volvió a soñar, aunque la realidad se acercaba tanto a su sueño que, por un momento, permaneció perplejo, plenamente consciente de un peligro que lo amenazaba. «¡Por Alá! —pensó—, ¡es la riada! El río se lo lleva todo». Pero no intentó huir ante la inminencia de la catástrofe. Por el contrario, permaneció aferrado al sueño como un náufrago y cerró los ojos.

Tardó largo rato en recobrar el control de sí mismo, quiso restregarse los ojos, pero se detuvo a tiempo: tenía las manos mojadas y viscosas. Dormía completamente vestido, en el suelo, sobre una cama hecha de pequeños montones de periódicos viejos. El agua lo había sumergido todo, recubría casi completamente el piso de baldosas de la habitación. Corría silenciosamente hacia él, con la fatalidad opresiva de una pesadilla. Gohar tuvo la impresión de hallarse en una isla rodeada de olas; no se atrevió a moverse. La inexplicable presencia del agua lo sumía en un profundo desconcierto. Sin embargo, el terror del comienzo se iba atenuando a medida que tomaba conciencia de la realidad. Ahora comprendía que su idea del río desbordado, devastando todo a su paso, solo era una aberración. Así, trató de saber la procedencia

de aquella agua misteriosa. Muy pronto descubrió el origen: se filtraba por debajo de la puerta de la habitación vecina.

Gohar tembló como bajo los efectos de un inexplicable terror: era el frío. Intentó ponerse de pie, pero el sueño aún lo dominaba, entumeciéndole los miembros, reteniéndolo mediante lazos indisolubles. Se sentía débil y desamparado. Se secó las manos en la chaqueta, en los lugares de la tela que no estaban mojados. De esta manera ya podía restregarse los ojos. Lo hizo con tranquilidad, miró la puerta de la habitación vecina y pensó: «Deben de estar lavando las baldosas. ¡Con todo, casi me ahogan!». La repentina pulcritud de sus vecinos le pareció extraordinariamente grotesca y escandalosa. Nunca había ocurrido antes. En esa casa ruïnosa y sórdida del barrio indígena, habitada por pobres seres famélicos, no lavaban nunca las baldosas. Esas personas eran seguramente nuevos inquilinos, pícaros que querían impresionar al barrio.

Gohar permaneció con el espíritu inerte, como paralizado de estupor ante la aparición de tan insensata pulcritud. Le pareció que era necesario hacer algo para detener la inundación. ¿Pero qué? Lo mejor era esperar; seguramente se produciría un milagro. Aquella situación absurda necesitaba un desenlace motivado por poderes sobrenaturales. Gohar se sintió desarmado de antemano. Esperó unos minutos, pero no ocurrió nada, ningún poder oculto vino en su ayuda. Finalmente se levantó, permaneció de pie, inmóvil, en una actitud de alucinado, de rescatado de un naufragio; luego, con infinitas precauciones, caminó por la parte de suelo seco y fue a sentarse en la única silla que amoblaba el cuarto. Aparte de aquella silla, solo había un cajón boca abajo en el que descollaban un anafe de alcohol, una cafetera y un botijo que contenía agua potable. Gohar vivía en la más estricta economía de medios materiales. La noción de la comodidad más elemental había sido proscrita hacía tiempo de su memoria. Odiaba rodearse de objetos; los objetos contenían los gérmenes latentes de la

miseria, la peor miseria de todas, la miseria inanimada; la que engendra fatalmente la melancolía debido a su omnipresencia. Y no era que fuera sensible a las apariencias de la miseria; no le atribuía a esta ningún valor tangible; para él siempre constituyó una abstracción. Simplemente quería proteger su mirada de una promiscuidad deprimente. La desnudez de aquel cuarto poseía para Gohar la belleza de lo inaprehensible; en él se respiraba un aire de optimismo y libertad. La mayor parte de los muebles y objetos de uso ofendían su vista, no podían ofrecer ningún alimento a su necesidad de fantasía humana. Solo las personas, con sus locuras innumbrables, poseían el don de divertirlo.

Permaneció un momento pensativo, mirando su cama asolada e inútil. Los viejos periódicos que le servían de colchón estaban totalmente empapados; ya comenzaban a flotar por el piso. La visión del desastre le gustó, por su primitiva simplicidad. Donde nada había, la tempestad estallaba inútilmente. La invulnerabilidad de Gohar residía en esa desnudez total. No le proporcionaba presa alguna a las devastaciones. De nuevo pensó en sus extravagantes vecinos, preguntándose por las razones de tan insólita pulcritud. ¿Qué pretendían hacer? La casa no soportaría nunca un trato semejante; estaba podrida hasta en sus menores rincones y ya solo esperaba una señal para venirse abajo. Morirían todos, no había duda.

Gohar intentaba adivinar las intenciones de aquellos malditos inquilinos cuando un enorme clamor, salido de muchas gargantas, un grito largo como una noche de horror, resonó en la habitación de al lado. Los muros de la vieja casa temblaron bajo la violencia del impacto. Al llegar a su punto culminante, el grito cejó; se produjo un angustioso silencio, seguido de siniestros aullidos. En un primer momento Gohar no comprendió el significado de aquel espantoso delirio. Luego se hizo la luz en él, de forma fulgurante. No había duda: eran plañideras. En un abrir y

cerrar de ojos advirtió todo el horror del hecho. En la habitación vecina había un muerto, y el agua blancuzca y jabonosa que lo había asaltado durante el sueño era el agua con la que habían lavado el cadáver.

Primero el estupor, luego el asco, lo dejaron clavado en su silla, sin aliento. Miró con ojos melancólicos sus manos temblorosas, todavía húmedas, su ropa manchada por la muerte. Luego, bruscamente, se agitó como para expulsar lejos de sí los gérmenes malsanos de la muerte y, corriendo, se apoderó del botijo. Pero estaba vacío; Gohar lanzó a su alrededor una mirada desparovida, buscando en medio de su desamparo un grifo inexistente. ¿Cómo se lavarían las manos? Las mantenía separadas del cuerpo, mientras se preguntaba sobre la enfermedad de la que había muerto su vecino. ¿Acaso padecía una enfermedad contagiosa? «¡Microbios!», se dijo con angustia. Pero casi de inmediato el miedo a los microbios le pareció risible. «Si tuviéramos que morir de los microbios», pensó, «hace tiempo estaríamos muertos.» En aquel mundo miserable, hasta los microbios perdían virulencia. Volvió a sentarse en la silla y permaneció largo rato pensando en lo divertido de la aventura. Había recuperado su calma, todo era sencillo y fácil, extraordinariamente ilusorio. Ninguna calamidad tenía posibilidad de forzarlo a la tristeza; su optimismo podía más que las peores catástrofes. Con una sensación de absoluto desapego, contempló una vez más el suelo cubierto de agua, los viejos periódicos esparcidos, la desnudez irreal de su cuarto, y una curiosa sonrisa iluminó un momento su rostro apacible y ascético.

Ahora, en la habitación de al lado las plañideras se habían instalado bárbaramente en el infortunio; sus alaridos alcanzaban una amplitud implacable, creando una atmósfera de drama definitivo y sangriento. Ninguna voluntad humana estaba en condiciones de detener su vertiginosa faena. Gohar se encontraba bajo el hechizo de aquellas siniestras lamentaciones. Se sentía poseído

por el deseo de captar, más allá de los gritos, un elemento capaz de divertirlo. Pero los gritos fingidos, provenientes de gargantas mercenarias, resonaban en sus oídos como la llamada de un universo extraño; en él no reconocía ninguna señal de un mundo humano y fraterno. Aquel universo de dolor simulado y vociferante llenaba su cabeza con un rumor ponzoñoso que lo mareaba.

Lo habían despertado bruscamente, a una hora inusitada, y aún tenía ganas de dormir. ¿Pero cómo recuperar el sueño con estas malditas plañideras del otro lado de la pared? Eran despiadadas. Gohar temblaba, tenía frío. Se puso tenso, dejó pasar un buen rato y se levantó de la silla. Había resuelto salir.

Recogió su fez, tirado en un rincón del cuarto que no había tocado la inundación, se lo encasquetó, tomó su bastón y salió al rellano. La puerta de los vecinos estaba abierta de par en par; Gohar dudó un momento, con aire más bien aterrado. Su instinto le aconsejaba ser prudente. Temía muchísimo a aquellas matronas desenfrenadas. Eran capaces de redoblar su arrebato si veían a un hombre, aunque solo fuera por coquetería. Ante tal posibilidad, Gohar tembló y, sin pensarlo más, se precipitó por la escalera traqueteante, llevándose consigo la furtiva visión de un montón de gordas en cuclillas, vestidas con amplias melayas negras, formando círculo sobre el piso, con el rostro y las manos teñidas de azul añil. Se golpeaban el pecho lanzando gritos demoníacos. De repente, Gohar tuvo la sensación de que se desmayaría y que la escalera desaparecía bajo sus pies. Nunca supo cómo llegó a la calle.

Era casi mediodía. En la larga calle Al Azhar, rebosante de una muchedumbre abigarrada e indolente, Gohar recuperó toda su plenitud. Ese era su universo familiar, empapado por la multitud apacible que deambulaba indiferente por las aceras y calzadas pese al intenso tráfico de coches, simones, carretas tiradas por asnos e incluso tranvías que se abalanzaban con mortífera velo-

cidad de bólidos. El suave sol de invierno derramaba su benéfico calor sobre el inextricable bullicio. Arriba, en el cielo, los milanos planeaban, se dejaban caer sobre la muchedumbre y retornaban su vuelo, llevándose en el pico un trozo de carne descompuesta. Nadie prestaba atención a sus hábiles maniobras. Había grupos de mujeres de pie delante de los comercios de tejidos, discutiendo ásperamente durante horas el precio de un pañuelo estampado. Los niños se divertían enfureciendo a los conductores de vehículos, poniéndose deliberadamente a su paso. Los conductores les lanzaban imprecaciones, maldiciéndolos, a ellos y a sus ausentes madres, y luego terminaban por atropellar a más de uno. De todos los cafés que se extendían a lo largo de la calle, salía de los aparatos de radio la misma voz plañidera de un cantante de moda. La música que lo acompañaba era lúgubre; en cuanto a la letra, contaba extensamente las desdichas y penas de un amor contrariado. Gohar recordó a su vecino muerto, los gritos estridentes de las plañideras, y apuró el paso, aunque no había posibilidad de escapar de aquella voz fúnebre; estaba por todas partes, dominaba el tumulto de la calle.

Gohar se detuvo instintivamente, como si presintiera una zona de delectación, la promesa de un grato goce en medio del confuso rumor circundante. Ante una tienda vacía vio a un hombre de cierta edad, vestido con esmero y sentado dignamente en una silla, mirando pasar a la multitud con expresión desdeñosa y regia. El hombre tenía una actitud majestuosa, que llamaba extraordinariamente la atención. «Ese es un hombre que me conviene», pensó. Aquella tienda vacía y aquel hombre que no vendía nada constituían para él un hallazgo inestimable. La tienda, lo adivinó Gohar, no era sino un decorado; le servía para recibir a sus amigos y ofrecerles una taza de café. Ese era el colmo de la opulencia y la generosidad. Gohar lo saludó como a un viejo amigo y el hombre respondió a su saludo con una suave sonrisa, ape-

nas perceptible, como si comprendiera que lo admiraran. «Hazme el honor —dijo el hombre— de aceptar una taza de café».

—Gracias —dijo Gohar—. Lo siento, pero será para otra vez.

Se miraron un momento con visible placer, casi con ternura; luego Gohar reanudó su paseo a través de la muchedumbre. Se sentía totalmente dichoso. Siempre debido a lo mismo: al asombro que sentía ante la absurda facilidad de la vida. Todo era desdenable y fácil. Para convencerse de ello solo tenía que mirar a su alrededor. La miseria bullente que le rodeaba no tenía nada de trágico; parecía adivinar en ella una misteriosa opulencia, los tesoros de una riqueza inaudita e insospechada. Una prodigiosa despreocupación parecía presidir los destinos de esa muchedumbre. Todas las abyecciones revestían allí un carácter inocente y puro. Gohar se sentía henchido de una simpatía universal; la futilidad de esa miseria se le aparecía a cada paso, y le encantaba.

Un tranvía amarillo cruzó la calle con ruido infernal. Hacía sonar sin parar su campanilla para abrirse paso entre la multitud que obstruía los raíles. Gohar pasó cerca de un restaurante que servía habas hervidas; el olor de la comida le causó un leve malestar; se detuvo, se apoyó en su bastón y esperó. No, no era hambre. El hambre no producía ningún efecto en él, podía subsistir muchos días con apenas un trozo de pan. Aquel malestar significaba otra cosa. Dio algunos pasos, comprendió la naturaleza de su malestar y se sintió alarmado. ¡La droga! Había olvidado la droga. La muerte del desconocido vecino había trastornado injuriosamente sus costumbres. Gohar se despertaba siempre con noche cerrada. Era demasiado temprano para procurarse droga. Su único proveedor era Yeghen y a este solo podía encontrarlo por la noche. Le era imposible localizarlo ahora; Yeghen no tenía domicilio fijo, no vivía en ninguna parte.

¿Cómo aguantaría hasta la noche sin droga? Esta perspectiva lo trastornó un poco; iba a sufrir, lo sabía, y se aprestaba cal-

mosamente al sufrimiento. Sacó del bolsillo una bolsita arrugada, de la que cogió una pastilla de menta que se puso a chupar lenta y aplicadamente. No tenía el gusto acre de la bolita de hachís, aunque como sucedáneo bastaba para calmarlo.

Algo más adelante, sonrió al ver al puntual mendigo en cuclillas en su rincón habitual. Siempre se llevaba a cabo el mismo rito: cada vez que pasaba frente a él, Gohar no tenía dinero; entonces se excusaba y se anudaba entre ellos una conversación de exquisito interés. Gohar lo conocía desde hacía mucho tiempo y le gustaba su compañía. Era un mendigo de tipo asaz especial, en el sentido de que no se quejaba de nada y no sufría ninguna invalidez. Por el contrario, resplandecía de salud, y su galabía intacta estaba casi limpia. Tenía una mirada escrutadora que delataba al mendigo profesional, de esos que saben juzgar de un vistazo a un cliente. Gohar lo admiraba porque ni siquiera pensaba en guardar las apariencias. En medio de la confusión general, nadie parecía otorgar importancia a su estado de mendigo sano y floreciente. Rodeado de tanto absurdo real, el hecho de mendigar parecía un trabajo como cualquier otro; por lo demás, el único trabajo razonable. Siempre estaba en el mismo lugar, con la misma dignidad de funcionario detrás de su escritorio. La gente le arrojaba un óbolo al pasar. A veces interpelaba al donante: acababa de darle una moneda falsa. Entonces comenzaba una conversación interminable, en la que las injurias tenían el peso de la eternidad. Decía que llamaría a la policía. Esto inclinaba siempre el asunto a su favor.

Gohar se detuvo para saludarlo.

—¡Salud! —dijo el mendigo—. Te vi desde lejos. Te esperaba.

—Lo siento —dijo Gohar—. No tengo dinero. Será para otra vez.

—¿Quién te dijo que quería dinero?

—¿Y por qué no? Podría pensar que me desdeñas.

—Lejos de mí tal pensamiento —protestó el mendigo—. Verte me encanta. Me gusta charlar contigo. Vales más por tu presencia que todos los tesoros de la tierra.

—Me halagas —dijo Gohar—. ¿Los negocios van bien?

—¡Dios es grande! —respondió el mendigo—. Pero ¡qué importan los negocios! Hay tanto júbilo en la existencia. ¿Sabes el cuento de las elecciones?

—No, nunca leo los periódicos.

—No venía en los periódicos. Alguien me lo contó.

—Entonces te escucho.

—Pues bien, ocurrió hace algún tiempo en un pueblecito del Bajo Egipto, durante las elecciones a alcalde. Cuando los empleados del gobierno abrieron las urnas, se dieron cuenta de que la mayoría de los votos tenían el nombre de Bargut. Los empleados del gobierno no conocían aquel nombre; no estaba en la lista de ningún partido. Espantados, acudieron a la oficina de informaciones y cuál no sería su asombro al enterarse de que Bargut era el nombre de un asno, muy considerado en todo el pueblo por su sabiduría. Casi todos los habitantes habían votado por él. ¿Qué te parece el cuento?

Gohar suspiró con regocijo; se sentía encantado. «Son ignorantes y analfabetos —pensó— y sin embargo acaban de hacer lo más inteligente que el mundo haya conocido desde que hay elecciones». El comportamiento de esos campesinos perdidos en el fondo de su aldea constituía un reconfortante testimonio sin el cual la vida sería imposible. Gohar estaba deshecho de admiración. La naturaleza de su júbilo era tan aguda que por un momento permaneció como despavorido, mirando al mendigo. Un milano se posó en la calzada, a unos pasos de ellos, escarbó con el pico en busca de algo en descomposición, no encontró nada y reemprendió su vuelo.